EL MOVIMIENTO ECOFEMINISTA Y SUS ESPECIFICIDADES EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO

Los vínculos entre feminismo y ecologismo son conocidos desde la década de los años 60 del siglo pasado a través de movimientos sociales que ponían en cuestión no sólo las relaciones de poder entre hombres y mujeres, sino también el consumismo de la sociedad industrializada, las guerras, las armas nucleares y el potencial destructivo de un modelo de desarrollo que veía a la naturaleza como un recurso ilimitado que podía ser utilizado al servicio de la acumulación del capital.

El **ecofeminismo** es una de las dos perspectivas desde las que se plantea estas conexiones entre género y medio ambiente. La otra, es el **análisis de las movilizaciones de las mujeres ante problemas medioambientales** concretos (Sabaté, 2000).

El ecofeminismo se configura como un movimiento que teoriza las conexiones entre las mujeres y la naturaleza (Sachs, 1996). Es una filosofía y una práctica feminista que nace de la convicción de que nuestro sistema se ha constituido y se mantiene por medio de la colonización de las mujeres, de los pueblos, sus tierras y de la naturaleza (Shiva y Mies, 1997).

El término apareció por primera vez en el libro “El feminismo o la muerte” de Françoise d’Eaubonne en 1974, en una época en la que el aborto estaba penado por la ley en Francia. Esta autora sostuvo que conceder el control de la reproducción a las mujeres sería el comienzo de un camino no consumista, ecologista y feminista.

Desde entonces, bajo esta denominación, se han incluido diferentes propuestas y análisis, a veces, incluso contrapuestos. Sin embargo, a pesar de la pluralidad, todos los ecofeminismos comparten el planteamiento de que existe una lógica de dominación.

En el actual sistema capitalista patriarcal¹, tanto el trabajo de los cuidados² (realizado

¹ El sistema capitalista está organizado según una lógica de acumulación de capital y de obtención de beneficios en vez de en una lógica de satisfacción de necesidades para toda la población. De esta manera, beneficia a unos pocos a costa de la mayoría, a través de una serie de estructuras sociales, económicas y políticas que ponen la vida al servicio del capital, aumentando las desigualdades sociales y amenazando la misma supervivencia humana en el planeta. Asentado sobre el patriarcado, este sistema se sustenta en el trabajo gratuito de las mujeres, así como en el expolio de la naturaleza.

² Es un trabajo realizado principalmente por mujeres, cuyo objetivo es la satisfacción de las necesidades, implicando una fuerte componente afectiva y relacional, que se caracteriza por la realización de múltiples tareas al mismo tiempo y por la polivalencia de los conocimientos necesarios. Además, es un trabajo gratuito e invisible. Aunque el trabajo de cuidados incluye el llamado trabajo doméstico va más allá del ámbito del hogar, y se extiende a la ayuda a los negocios familiares o a los trabajos comunitarios (voluntariado, activismo, participación en redes sociales), entre otros.

principalmente por las mujeres) como los frutos de la naturaleza son apropiados sin el debido reconocimiento de su importancia, quedando invisibilizados, a pesar de ser indispensables para la supervivencia humana.

La interrelación entre la división sexual del trabajo³, la restricción de las libertades individuales de las mujeres, su poca participación en los procesos políticos, la distribución desigual del poder y del acceso a los medios de producción son igualmente temas tratados por las distintas corrientes del ecofeminismo.

Haciendo un breve repaso histórico, los catalizadores del ecofeminismo en Europa comenzaron a preocuparse por la salud amenazada, la militancia pacifista, el temor a un conflicto nuclear en el mundo y por la aparición del movimiento de liberación animal.

Petra Kelly, pacifista y cofundadora de los Verdes en Alemania, denunció la relación entre el superconsumo del Norte y endeudamiento y devastación ecológica del Sur. En este sentido, el acercamiento de dos pensamientos críticos (ecologismo y feminismo) ofrece la oportunidad de enfrentar no sólo la dominación de las mujeres en la sociedad patriarcal, sino también la dominación de la Naturaleza ligada al paradigma patriarcal⁴ del hombre amo y guerrero.

Por otra parte, la violencia y la dominación ejercida sobre los animales no humanos fue denunciada, de igual manera, por la primeras feministas (Olimpia de Gauges, Mary Wollstonecraft, Susan B. Anthony, entre otras) señalando coincidencias en el trato que recibían por parte de la ciencia los animales de laboratorio y las mujeres.

A finales del siglo XX, a los conocidos análisis feministas sobre el perfil androcéntrico de la ciencia, le siguieron otros estudios sobre la toxicidad de los pesticidas sobre los animales de laboratorio y la polución del medio ambiente con especial impacto sobre las mujeres y los niños y niñas; la caza; la ganadería intensiva y la necesidad de revalorizar la compasión como elemento fundamental de consideración moral más allá de la comunidad humana.

Sin embargo, la mirada ecofeminista de la civilización industrial, no implica una praxis y un pensamiento tecnofóbicos sino una actitud de prudencia y prevención en contraste con la

³ La división sexual del trabajo atribuye a los hombres el trabajo remunerado, visible y asociado al ámbito público y a las mujeres el trabajo de cuidados, gratuito, invisible y asociado al ámbito privado, además de establecer una jerarquía donde el trabajo remunerado es considerado más importante (¡incluso el único importante!) que el trabajo de cuidados.

⁴ La antropología feminista ha definido el patriarcado como un sistema de organización social en el que los puestos clave de poder (político, económico, religioso y militar) se encuentran exclusiva o mayoritariamente en manos de los hombres

confianza generalizada hacia la ciencia y la tecnología.

El ecofeminismo señala que la histórica identificación patriarcal de lo femenino con la Naturaleza, ha invisibilizado la aportación de las mujeres a las sociedades y la vida de la humanidad, de igual forma que la economía no contabiliza la destrucción de los recursos naturales. Las ecofeministas Ariel Kay Salleh y Mary Mellor profundizaron en esta perspectiva socio-económica. Mary Mellor diferenció entre lo que llama *My Economy* o actual economía de mercado, de la *We Economy*, economía sostenible del trabajo doméstico y de las comunidades no desarrolladas.

Esta cuestión está ligada al trabajo fundamentalmente masculino productivo y remunerado, quedando como asignatura pendiente la adaptación de los tiempos del trabajo asalariado, a los tiempos y necesidades vitales de las personas y no a la inversa, como hasta ahora.

Otra de las razones actuales para que el feminismo se interese por la ecología es el **impacto de la globalización neoliberal en la vida de las mujeres rurales del Sur**. Las mujeres pobres de los mal llamados países subdesarrollados son las primeras víctimas de la destrucción del medio natural llevada a cabo para mantener el nivel de vida de las poblaciones “desarrolladas” de los países del Norte.

Numerosas mujeres del Sur han puesto en marcha iniciativas de defensa de la Naturaleza frente a la degradación medioambiental que ha afectado sus vidas. Generalmente no se autodefinen “feministas”, pero el ecofeminismo ha seguido con atención su activismo. En este sentido, es de señalar el Movimiento del Cinturón Verde de Kenya fundado por la activista ecologista Wangari Maathai, las mujeres Chipko de la India quienes trataron de detener la deforestación del Himalaya y otras iniciativas menos conocidas como la del Movimiento Mocase de Santiago del Estero, en Argentina, donde las indígenas impiden, formando barreras, que entren los tractores de los terratenientes para cultivar transgénicos, o el caso de las mujeres indígenas del Oriente, Chaco y Amazonía boliviana quienes marcharon a La Paz en defensa del Parque Nacional Isiboro Sécore TIPNIS ante la amenaza de la construcción de una carretera que cruza su territorio hacia Brasil generando grandes impactos ambientales, sociales y económicos; o las mujeres campesinas e indígenas en Perú y Ecuador quienes defienden sus territorios, el medio ambiente y el futuro de sus familias ante el avance de las empresas mineras, entre otras.

Éstas son sólo algunas de las razones que explican el acercamiento de la perspectiva feminista y la ecologista. En palabras de Karen Warren: *“Un tema feminista es cualquier tema que contribuya de alguna forma a comprender la opresión de las mujeres. (...) la degradación y*

explotación medioambiental son preocupaciones feministas porque una comprensión de éstas contribuye a una comprensión de la opresión de las mujeres” (Warren, 1997, p-120)

1. Las distintas corrientes ecofeministas

Dentro de la diversidad de corrientes ecofeministas podemos diferenciar tres grandes grupos:

- ✦ los ecofeminismos clásicos correspondientes a la primera forma de ecofeminismo
- ✦ los ecofeminismos espiritualistas del Sur
- ✦ los ecofeminismos constructivistas de las identidades

1.1 Los ecofeminismos clásicos o esencialistas

Hacia finales de los años 70, como ya se ha señalado, algunas corrientes del feminismo radical recuperan el tradicional dualismo “generizado” Naturaleza-Cultura que identificaba a las mujeres con el mundo natural y a los hombres con la civilización, para invertir la valoración de este par conceptual que en los pensadores tradicionales servía para afirmar la inferioridad de las mujeres (Puleo, 2010).

Se articulará, por tanto, una orgullosa afirmación de pertenencia a un colectivo tradicionalmente devaluado y se buscará revalorizar las características y roles femeninos del cuidado, los afectos, la sensibilidad, entre otros.

Emparentado con el feminismo de la diferencia, tiene su origen y desarrollo en los países del Norte. La preocupación por la salud y la recuperación del control del propio cuerpo será un elemento central y dará lugar a la búsqueda de una ginecología alternativa frente a la medicina tradicional y los laboratorios farmacéuticos⁵.

Otros elementos clave de esta corriente fueron la militancia pacifista ante la amenaza de una guerra atómica, el planteamiento de una nueva espiritualidad y de una ética, basada en principios femeninos.

El *ecofeminismo esencialista* afirma que hombres y mujeres expresan identidades psicosexuales opuestas: las mujeres se caracterizan por un erotismo no agresivo e igualitarista y por aptitudes maternas que las predispondrían al pacifismo y a la preservación de la Naturaleza, mientras

⁵ Un importante resultado de su actividad en los grupos de autoayuda se refleja en el manual de ginecología alternativa del Colectivo Mujeres de Boston: “Nuestros cuerpos, nuestras vidas”. Esta preocupación por la salud explica el título de una de sus obras más relevantes: “Gyn/Ecology” (1978) de Mary Daly.

que los varones se verían naturalmente abocados a empresas competitivas y destructivas.

Actualmente, mucha gente suele asociar el concepto de “ecofeminismo” a esta primera forma del movimiento y de la teoría, desconociéndose las tendencias constructivistas más recientes.

En algunas de sus vertientes, este movimiento desarrolla una poética y una religiosidad propia. Se genera un nuevo misticismo, una especie de retorno en clave feminista a un panteísmo o reconocimiento del carácter sagrado de la Naturaleza y de la necesidad de respetarla (Puleo, 2011).

El esencialismo y el biologicismo de este primer ecofeminismo suscitó fuertes críticas dentro de las filas del feminismo, acusándole de inducir a la demonización de los varones (Puleo, 2005).

1.2. Los ecofeminismos espiritualistas del Sur

Proviene de los países del Sur empobrecido y sus primeras manifestaciones fueron en los años 80 en la India. El ecofeminismo del Sur se aleja de la demonización del varón asociada al primer ecofeminismo e introduce como tema central la cuestión social de la pobreza ligada al desarrollo destructor de la Naturaleza.

Conserva, por el contrario, el impulso espiritual de las clásicas aunque las fuentes de su espiritualidad serán las tradicionales, más cercanas al sentir de los pueblos desde (y para) los que teoriza, aunque reinterpretadas. El nombre más conocido dentro de esta corriente, aunque no el único existente, es Vandana Shiva, física nuclear y filósofa de origen indio.

Shiva es crítica con los postulados del ecofeminismo clásico por su esencialismo, postula que no son los varones sino el “mal desarrollo” occidental el responsable de la degradación de la Naturaleza y de la opresión de las mujeres: *“lo que recibe el nombre de desarrollo es un proceso de mal desarrollo, fuente de violencia contra la mujer y la naturaleza en todo el mundo”* (Shiva, 1995, pp. 87). Denuncia la imposición colonial del modelo de desarrollo occidental como la causa de los procesos de degradación ambiental y empobrecimiento que se están desarrollando en la India. Desde este enfoque, la participación de varones indios dentro de los procesos de depredación de la naturaleza respondería a un fenómeno de colonización cultural, económica y política (Puleo, 2011).

Por la obra de Vandana Shiva, se ha conocido lo que los medios de comunicación silencian: existen movimientos de resistencia al “mal desarrollo”. Uno de ellos, es el de las mujeres Chipko, antes mencionadas. Basándose en los principios de no violencia creativa de Gandhi, las mujeres rurales Chipko, llamadas así en nombre del principio femenino de la Naturaleza de la cosmología

india, consiguieron detener la deforestación total del Himalaya turnándose en la vigilancia de la zona y atándose a los árboles cuando iban a talarlos.

1.2.1. El caso latinoamericano

En América Latina, particularmente en Chile, Brasil, México, Uruguay, Bolivia, Argentina, Perú y Venezuela, esta corriente del ecofeminismo es más reciente y presenta cierta herencia de la Teología de la Liberación. Plantean la necesidad de abandonar la idea patriarcal de un Dios, varón-dominador y de superar el dualismo cuerpo/espíritu. Su figura más conocida es Ivone Gebara, teóloga brasileña, quien declara que su línea de trabajo *“no suscribe la perspectiva esencialista, ni la supremacía de la diferencia”* (Gebara, 2000, pp.25), al tiempo que sostiene que la justicia social implica **ecojusticia**.

Señala que las primeras víctimas del desequilibrio ecológico en América Latina son las mujeres, los niños y niñas y las poblaciones de origen africano e indígena. **Sexo, raza y clase** son categorías clave en la cuestión ecológica. Las mujeres, según señala Gebara, son las que más sufren por *“vivir en su cuerpo y en su historia las consecuencias de una organización social que siempre acaba privilegiando a los hombres, dejando sobre los hombros femeninos la carga de los hijos”* (Gebara, 2000, pp.24).

El ecofeminismo latinoamericano, caracterizado por su interés en las mujeres pobres y su defensa de las poblaciones indígenas, víctimas de la destrucción de la Naturaleza, apunta a una trascendencia ya no basada en el desprecio a la materia, sino a la que se llega a través de la pertenencia a un todo que nos trasciende. Sostiene que el extremo antropocentrismo y androcentrismo de la tradición cristiana *“nos convirtieron en cómplices y legitimadores de la destrucción de los bosques, ríos, animales y grupos marginales”* (Gebara, 2000, pp.125, citada en Puleo, 2010:137).

En esta teología latinoamericana, el ecofeminismo es una postura política crítica de dominación, una lucha antisexista, antirracista, antielistista y anti-antropocéntrica que extiende el amor y el respeto cristianos más allá del ser humano, a las demás criaturas vivas y a los ecosistemas que las sustentan (Puleo, 2011).

El desarrollo del ecofeminismo latinoamericano, que aun es incipiente, presenta sin embargo, dos caracteres que permiten identificarlo con un perfil propio: la revaloración de las cosmovisiones autóctonas y el énfasis en la praxis de liberación.

a. Revalorización de las cosmovisiones autóctonas

Este es un rasgo vinculado a la propuesta general ecofeminista de construcción de nuevas cosmologías o teo-cosmogonías, la más importante de las cuales, y que ha sido adoptada en general por el ecofeminismo es la "hipótesis Gaia" de James Lovelock y Lynn Markulis, pero dándole un sentido más amplio y proponiendo una concepción que retorne a la primitiva sacralización de la naturaleza e impida al hombre ser un agente depredatorio legitimado.

El ecofeminismo ha denunciado reiteradamente que el ascenso del punto de vista androcéntrico y patriarcal ha desplazado la reverencia a la tierra como "madre" y dadora de vida (personificada en diversas diosas de la antigüedad).

Sin asumir el sueño de una vuelta imposible al paraíso, el retorno a las cosmovisiones autóctonas es uno de los acentos específicos del ecofeminismo latinoamericano, que desarrolla de este modo la propuesta general en términos de posibilidades reales. La significación de este aspecto en el desarrollo latinoamericano del feminismo está vinculado, muy posiblemente, al hecho de que una buena parte de quienes comparten la propuesta provienen de (o están vinculados/as con) el ámbito de la Teología de la Liberación. Dicho retorno puede tomar varias direcciones:

- a) Una dirección, de afirmación positiva, es la construcción de nuevos esquemas de pensamiento y relación entre el hombre y lo sagrado de la naturaleza. Ivone Gebara, en relación a este aspecto, afirma que un rasgo esencial del feminismo ecológico es la insistencia en la relacionalidad de todos los seres y su interdependencia fundamental y propone: una cosmología diferente que subraye la unidad de todos los seres vivientes en un único cuerpo sagrado; una antropología diferente, que repiense las relaciones desde la clave de reciprocidad. Esto traerá como consecuencia la aparición de un conflicto diferente, en el seno de las instituciones religiosas y eclesiales establecidas, del cual surgirán nuevas comunidades con nuevos modos de entender la religiosidad del hombre y su relación con la naturaleza. En este aspecto pareciera que el ecofeminismo latinoamericano se vincula a algunos aspectos de la propuesta de *New Age*, pero viéndolas desde la perspectiva de una revaloración del chamanismo tradicional.
- b) Otra dirección es la crítica a las religiones occidentales como fuentes de opresión y alienación. Ivone Gebara sostiene al respecto que es necesario ir más allá de las teologías heredadas porque, según afirma, *"los esquemas tradicionales y prácticos de las religiones tradicionales y de las tradiciones cristianas no son capaces de abrir nuevas posibilidades para nuestra lucha por la justicia y la felicidad"*.

- c) Una tercera dirección, consecuencia de la crítica anterior, es la propuesta de una nueva ética para pensar tanto las relaciones humanas entre sí, como las de los hombres con los seres no humanos. Ivone Gebara propone la deconstrucción de la ética tradicional del mundo patriarcal, en sus hábitos nocivos, para encarar una nueva construcción que incluya el respeto por el cuerpo y por el prójimo, pues se retoma, con sentido más amplio y comprometido, el mandato evangélico: "ama a tu prójimo como a ti mismo".
- d) Finalmente, podría hablarse de una dirección epistemológica, en el sentido de proponer (y facilitar) nuevos modos de acceso a la totalidad de lo real, y especialmente lo viviente, como una unidad, reconociendo que en nosotros hay, además del conocimiento que llamaríamos propiamente humano (racional) otras formas de conocimiento que habitualmente no advertimos: animal, vegetal y cósmico.

b. El ecofeminismo como praxis de liberación

Un acento especial del ecofeminismo latinoamericano es su propuesta activista y en esto, retoma la tradición del feminismo filosófico y teológico regional, cuya inserción en el contexto del pensamiento liberacionista ha sido siempre fuerte.

Así, Ivone Gebara y su grupo de seguidores/as, sostienen que en el contexto latinoamericano las feministas y ecofeministas deben situarse en el interior de las filosofías y las teologías de la liberación entendidas en sentido amplio.

Ivone Gebara considera que el ecofeminismo debe ser un "eco" del feminismo y sus prácticas, a la vez que propone un accionar liberador concreto fruto de la nueva cosmovisión y la nueva ética ecofeministas.

Esta permanente apelación a la praxis y el activismo también puede interpretarse como un alerta ante posiciones utópicas que, por ser irrealizables, terminan reforzando el *statu quo*. En una de sus últimas obras, Gebara se hace cargo del peligro de que su reclamo de ecojusticia sea nada más que una utopía, un regreso al paraíso originario, donde todos seremos felices y el mal ya no existirá.

La relación entre ecología y sociedad es un viraje que intenta introducir el ecofeminismo al insistir en que el destino de las personas oprimidas está íntimamente ligado al destino de la tierra.

También con un enfoque realista, Consuelo Vélez Caro relaciona el problema ambiental con el contexto de globalización (especialmente la economía neoliberal) y sus consecuencias en la

región latinoamericana. Considera que los graves problemas que afronta la Región son un desafío para replantear las opciones éticas y religiosas, así como la visión que tenemos del ser humano, la cultura y la sociedad.

Reconoce logros en el sistema actual, como la preocupación (teórica y, tal vez no tanto práctica) por la defensa de los derechos humanos, la universalización de la democracia, la igualdad de género y la defensa del medio ambiente. Pero advierte que sus contradicciones internas producen efectos negativos y hasta perversos, especialmente sobre los débiles, entendiendo por tales tanto a los seres humanos pobres como la naturaleza expoliada (Vélez, 1999).

1.3 La perspectiva constructivista de las identidades

Los **ecofeminismos constructivistas** nacen de la fragmentación del sujeto político “mujer” resultado de las críticas postcoloniales y postmodernas. Estos ecofeminismos denuncian el impacto del capitalismo y de la globalización neoliberal desde posiciones socialistas y anarquistas. La noción de ecojusticia será un elemento clave también en estas propuestas. Por otro lado, plantean la necesidad de *“una crítica deconstructiva del androcentrismo, de la razón instrumental y de la cultura dominante antropocéntrica para alcanzar una verdadera comprensión de la crisis ecológica”* (Puleo, 2005, pp. 130).

Por tanto, la perspectiva constructivista, como su adjetivo indica, no parte del esencialismo de las clásicas y concibe las identidades femenina y masculina como construcciones sociales e históricas.

Dentro de esta corriente, es reseñable, en primer lugar, una posición que no es propiamente ecofeminista. Autodesignada como “ambientalista feminista”, Bina Agarwal es un buen ejemplo de la concepción constructivista de las identidades de género. Economista de formación y originaria de la India como Vandana Shiva, critica la teoría de esta pensadora por atribuir la actividad ecológica *avant la lettre* de las mujeres de su país al principio femenino de su cosmología. Para Agarwal, la mayor relación de las mujeres con el medio ambiente deriva de los roles que tradicionalmente han desempeñado dentro de la economía familiar. Cuestiona que la dominación de las mujeres y la Naturaleza derive exclusivamente de razones ideológicas y plantea la necesidad de tener presente las fuentes materiales de esta dominación basadas en las ventajas económicas y el poder político (Agarwal, 1997).

Esta autora plantea que el **papel de las mujeres es crucial** en la reivindicación de los modos sostenibles de la agricultura tradicional y la valoración del conocimiento originario de los pueblos en estos movimientos de ecologismo social. Argumenta que el papel más activo de las

mujeres en estas movilizaciones deriva de tres cuestiones fundamentalmente.

En primer lugar, el rol socialmente asignado a las mujeres como proveedoras del hogar las hace ser las primeras en detectar y reaccionar ante las agresiones a las fuentes de sustento. En segundo lugar, el menor acceso que tienen las mujeres a la propiedad privada (variable según la cultura, la clase, la casta) las hace más dependientes de los recursos de propiedad y gestión comunitaria. En tercer lugar, las mujeres poseen un conocimiento privilegiado vinculado a la agricultura y la medicina tradicional, derivado de los roles que social e históricamente han desempeñado, que se ve devaluado con la irrupción del mercado, provocando la consecuente actitud reactiva de defensa.

Así, la interacción con el medio ambiente y la correspondiente sensibilidad ecologista o falta de ésta dependen de la división sexual del trabajo y de la distribución del poder y de la propiedad según las divisiones de clase, género, raza y casta (Agarwal, 1997).

El primer ecofeminismo, el denominado “clásico”, había establecido importantes conexiones entre maternidad, pacifismo y ecología. Desde una perspectiva esencialista sostuvo que las mujeres eran menos agresivas y más aptas para el cuidado de los seres vivos. Desde el enfoque constructivista, se ha considerado la experiencia de dar a luz, alimentar y criar a los hijos e hijas como generadora de una mayor conciencia de la fragilidad de la vida y como vivencia de un poder no *sobre* otros/as, sino *con* los/as otros/as, un poder compartido, una capacidad de hacer crecer, una cultura *histórica* femenina originada por la dedicación a las tareas del cuidado.

Como ya se apuntó al comienzo, Mary Mellor señaló la común infravaloración de las tareas domésticas y de las economías de subsistencia no integradas en el mercado o *We Economy*. Muchas teóricas feministas han mostrado, de igual manera, que esta economía del dinero se apoya, sin reconocerlo, en el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres que permite la renovación de la fuerza de trabajo. La economía actual, por tanto, se basa en la explotación de lo que se considera recurso natural de coste cero: la Naturaleza no humana y las tareas domésticas de las mujeres.

Feminism and the Mastery of Nature, de la filósofa australiana Val Plumwood, es un ejemplo de ecofeminismo deconstructivo. Esta filósofa, plantea la necesidad de superar la “falsa dicotomía entre naturaleza y cultura”, vigente no sólo en las lógicas dominantes sino también en las propuestas del feminismo de la igualdad y de los ecofeminismos clásicos. Del “Feminismo de Igualdad acrítica”, como lo denomina Plumwood, cuestiona que la lucha por la igualdad se haya articulado a través de la asimilación de las mujeres a la norma. Critica la asunción de lo masculino

como lo universal y la construcción de las demandas feministas como demandas de participación en igualdad de condiciones de esa universalidad, manteniendo el desprecio y desvalorización de todo aquello que había sido considerado femenino hasta entonces.

El “Feminismo de Inversión acrítica” (ecofeminismos esencialistas) tampoco sería capaz de romper con la concepción dualista, proponiendo simplemente la inversión de valor y poder dentro del par.

Estos ecofeminismos constructivistas consideran que existe una misma lógica de dominación que subyace en los diferentes tipos de opresión. En palabras de Karren Warren, filósofa referente de esta corriente: *“el tipo de lógica de la dominación utilizada para justificar la dominación de los humanos por género, raza, o etnia, o estatus de clase se utiliza también para justificar la dominación de la naturaleza”* (Warren 1997: 127, citada en Puleo, 2011: 80). Esta lógica opera construyendo la diferencia como inferioridad y esta inferioridad justifica la legitimidad de la dominación.

Desde los ecofeminismos constructivistas se critica la opresión de las mujeres tanto en las sociedades tradicionales como en las sociedades modernas. *“Se evita caer en la mitificación de las sociedades tradicionales y se denuncian aquellas tradiciones y costumbres basadas en roles y estereotipos de género que discriminan a las mujeres, aún y cuando puedan ser ecológicamente sostenibles”* (García Forés, 2012: 35).